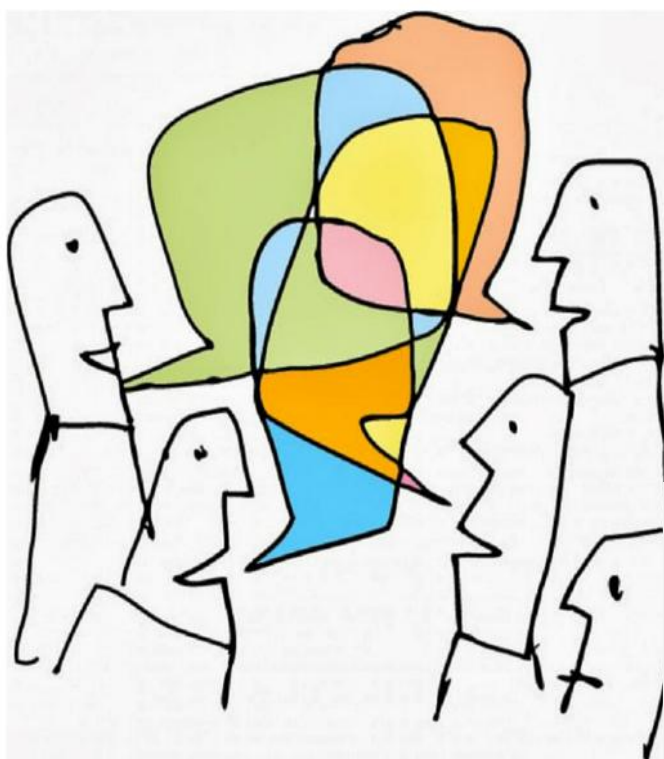




ABRAHAM RIVERO PÉREZ

SIN DIÁLOGO NO HAY SALIDA



www.premiademar.cat/participacio-associacionisme.png

ABRAHAM RIVERO PÉREZ

arivero648@yahoo.com

Historiador y comunicador social, profesor de la
Escuela de Comunicación Social, FHE-UCV

Octubre 2016



El propósito de este texto es visualizar la paradoja que se da entre el diálogo, la intensa protesta y la ausencia de garantías para ejercer el derecho civil en Venezuela. Este es uno de los retos más importantes por los actores involucrados en la actualidad. Por tanto, la posibilidad de iniciar un diálogo para la solución no-violenta de la crisis en Venezuela, dentro y fuera del país, alrededor de, imponen varias interrogantes: ¿Es posible el diálogo y qué tanto conocemos de su dinámica? ¿Cómo puede progresar en medio de un escenario hostil y fracturado? ¿Qué ayuda a promoverlo y qué a separar a la gente?

Un refrán popular en Venezuela dice: *“hablando se entiende la gente”*. Pero la mayoría de los venezolanos están escépticos ante estos anuncios-propuestas del gobierno. Un sector opositor ha impuesto la idea de asociar el diálogo con debilidad política y hasta de traición a toda la oposición anti-gubernamental.

Ahora veamos otras voces opinan que hablar no equivale a dialogar. Hablar es expresar puntos de vista para tratar de persuadir los interlocutores. Es un acto de comunicación unilateral, y que en ocasiones, entiende a quien escucha como un blanco objeto de manipulación.

Indiscutiblemente el diálogo, en cambio, de la voz griega *“díá”* (mediante) y *“lógos”* (palabra), se define como reciprocidad entre quien habla y quien escucha. Un lenguaje adecuado permitiría una interacción de pareceres, que pueden fomentar

entendimientos, y en consecuencia, reconocimientos de las partes entre sí, así como detectar el núcleo de las diferencias que originan los conflictos.

Según Ropers (2013), el diálogo como herramienta resulta muy útil para comprender y tratar conflictos, pues facilita la interacción cara a cara entre dos o más partes, con experiencias y emociones diferentes, y con disposición a escucharse y contribuir en acuerdos de consensos.

Precisamente hoy, más que nunca, se hace imperiosa la necesidad de dialogar entre los venezolanos, y fundamentalmente para intercambiar nuestras propias opiniones, emociones, sentimientos y posturas respecto al conflicto que tanto nos aflige. La posibilidad de tener un diálogo abierto, que no acabe en violencia, luce como tarea imposible, mientras prevalezca entre nuestros dirigentes políticos, empresariales, sindicales, mediáticos y vecinales una actitud de intransigencia respecto al resto de las ideas.

Por supuesto, los esfuerzos para entablar el diálogo se encuentra en un punto muerto. No es para menos. El problema venezolano acusa la complejidad de involucrar a todo el sistema político, social y económico, por completo deslegitimado. El gobierno venezolano ya no tiene capacidad de inspirar confianza necesaria para impulsar posibles soluciones a los problemas, relativamente consensuadas. El gobierno demuestra hasta ahora intención de mantenerse en el poder sin modificar su comportamiento, y se muestra reacio a la idea



de permitir una consulta popular que re-legitime su permanencia o que por el contrario lo releve del poder.

En consonancia con el experto en resolución de conflictos, Adam Kahane (2005, pág. 37), explica que:

“los problemas de alta complejidad social no pueden ser resueltos pacíficamente por las autoridades desde su posición de poder: las personas involucradas deben participar en la creación y puesta en práctica de soluciones”.

Esto quiere decir que si el gobierno no muestra disposición a ceder, aún a riesgo de perder influencia y poder, no será posible diálogo alguno.

Radiografía nacional

En el caso del conflicto venezolano es ya bastante complejo. Los actores involucrados muestran enfoques extremadamente diferentes. Una misma realidad enfrenta a chavistas contra antichavistas cuyas narraciones se excluyen mutuamente. Se intenta imponer la idea de que se trata de un enfrentamiento entre promotores de la izquierda contra los partidarios de la derecha. De revolucionarios contra burgueses y párese de contar maniqueísmos similares. La única salida a este enfrentamiento es aumento de la polarización y del conflicto. Causales de muchas guerras civiles en la historia contemporánea.

Hecha esta salvedad el drama venezolano, sus calamidades, se vive de un único modo, pero se perciben de diferentes maneras. Una importante proporción de la clase media venezolana recuerda con nostalgia el pasado.

Nunca imaginó que la utopía política de mejoría social que representaba el chavismo se esfumaría en pocos años. Atónita observa que en el curso de 17 años de gobierno chavista todas sus aspiraciones se escurrían como agua entre sus manos: desintegración familiar por la diáspora hacia el extranjero, imposibilidad de comprar casa o un carro. Un lujo que muy pocos pueden darse hoy. Restricciones para llevar a sus hijos a una plaza pública o a un parque por miedo a la inseguridad, entre otras más vitales para la vida como la de garantizar la alimentación balanceada para la familia. Desapareció toda forma de bienestar que se había logrado en los años previos al chavismo.

Luego en los sectores populares más desatendidos por la anterior democracia bipartidista, las políticas asistenciales, de estilo populista instrumentadas por el gobierno de Hugo Chávez, fueron recibidas y defendidas con enorme entusiasmo y pasión. El propósito teórico pretendía ayudar, de manera preferencial, a los sectores más vulnerables de la sociedad venezolana. La instrumentación de los programas de asistencia médica primaria (Barrio Adentro), de alfabetización educativa (Misión Robinson, Misión Ribas y Misión Sucre), de Cultura y Alimentación (Misión Madre del Barrio, Misión Negra Hipólita y Gran Misión Vivienda), entre otros, reforzó la idea de que por primera vez un presidente se ocupaba de ayudar a una porción de la población, históricamente ignorada por la clase política, en el imaginario de la gente más pobre.

Sin embargo la asociación del discurso de Chávez con la promesa redentora del pueblo es poderosamente simple. Pero también es real:



quién padecía de una afección de cataratas podía beneficiarse con la Misión Milagro. Un cuadro gripal o una herida de bala podían ser atendidos a pocas distancias de la casa, en un módulo de la Misión Barrio Adentro. Las escuelas y las universidades abrieron más cupos para jóvenes antes excluidos. Y la posibilidad de obtener una vivienda estaba más al alcance de los más pobres. El gobierno chavista no ha dejado de advertir que estos programas desaparecerían si ganaba la oposición. Pero los actuales indicadores muestran que la permanencia de los programas sociales del tipo misiones están colapsando en pleno gobierno chavista. Además de la caída de los ingresos fiscales, la inexistencia de supervisión y controles ha incentivado a niveles extremos la corrupción de muchos de los funcionarios responsables de la planificación y ejecución de esos programas. El gobierno se muestra incapaz de garantizar el eje básico que le granjeaba el apoyo popular.

Estos contrastes entre distintos sectores de la vida nacional no se resuelven a través de una conversación simple. Menos cuando es propuesta con estilo unilateral, por el presidente de la república. Para intentar resolver las causas del conflicto venezolano se requeriría de un diálogo, es decir, cuando las partes estén convencidas de que se puede llegar a un entendimiento, y sobre todo cuando ambas quieren un entendimiento. Se requiere hablar y escuchar con franqueza. Se requiere una metodología que ya está disponible en experiencias similares o más extremas. Requiere que actores primarios y secundarios del conflicto se involucren reflexivamente con las distintas opciones resolutorias, donde

resulta importante escuchar atentamente las distintas voces desde el fondo de la sociedad. Según Kahane (2005), la legitimidad de los líderes y de los acuerdos que de un diálogo resulten depende de la mayor cobertura y reconocimiento de la diversidad afectada por la crisis y el conflicto.

Patrón autoritario

Por otra parte destrabar un conflicto atascado implica que actores primarios y secundarios logren hablar entre sí y escucharse mutuamente. Cuidar lo que se dice sin renunciar a la franqueza y a la pasión. La experiencia dice que las conversaciones francas y apasionadas son más sinceras y creíbles, y general confianza entre interlocutores.

Conforme a lo señalado por Maturana (1995), filósofo chileno, el lenguaje surgió para una sola cosa, para la comunicación. Según Maturana (citado por Hidalgo, 2009, pág. 26), el lenguaje nos singulariza en el mundo animal, y es el vehículo mediante el cual:

“el hombre contempla su propio mundo y el mundo del otro, mira las semejanzas y las diferencias entre ambos y con ello, advierte su identidad y su realidad para aceptarlos o rechazarlos”.

Además suele confundirse la comunicación como actividad lineal, directiva y autoritaria de envío y recepción de información. Se olvida que para que exista una relación dialógica entre las partes enfrentadas se necesita de un flujo continuo de ideas y opiniones, caracterizadas por el buen trato que resulta del reconocimiento mutuo. Solemos pensar que para solucionar un conflicto basta con hablar



abiertamente intentando posicionar en los demás nuestras propias emociones, percepciones, posturas y convencimientos.

Para ser más específicos en Venezuela: ¿Dialogamos? Como dice Kahane (2005), las personas que abusan de la palabra para exponer sus propias ideas, pocas veces están dispuestas a escuchar abiertamente para exponerse a los imaginarios y pensamientos nuevos de los demás.

Así, por ejemplo, el presidente Maduro, una de las voces más representativas de la jerarquía chavista, habla continuamente a favor de la paz. Se promueve entre sus partidarios como incansable propiciador del diálogo y la reconciliación. No deja de repetir que el país es un territorio de paz y de concordia. Sin embargo, obvia que la paz es sólo posible en la cotidianidad. Cuando se encadena por radio y televisión inunda los espacios públicos mediáticos con mensajes guerreristas casi siempre acompañados de insultos y epítetos contra sus adversarios, tales como “pelucones”, “conspiradores de la derecha” y “el monstruo de Ramo Verde” (como suele llamar al líder opositor Leopoldo López, en prisión desde 2014), entre otros. Sus actos de habla y gestos de animadversión hacia la otredad espantan de la gente la convicción de que es posible resolver los conflictos a través del diálogo.

Ahora puedo decir la manera autoritaria de resolver los conflictos refuerza la convicción de que el presidente Maduro contribuye en muy poco a restañar las heridas de un conflicto de alta complejidad, pues al actuar por encima de la ley de los hombres, mediante abusos propios de su investidura, para insultar y desacreditar

bloquea de inmediato toda posibilidad de entendimiento previo para dialogar.

Igualmente otro asunto que se desprende de esta conducta autoritaria, es la incapacidad de Maduro para escuchar reflexivamente. Ser lo más receptivo a nuevas ideas. Sólo pretende que se le escuche y se le entienda, sin escuchar ni entender a los demás. ¿Cómo reacciona frente a una postura diferente a la suya? Negándose a escuchar. Negando la realidad. Indiferente a las voces por que claman por hambre, falta de medicinas, inseguridad y pánico a los excesos policiales.

Ahora bien cuando alguien se niega a considerar otras perspectivas, es porque está convencido de que las suyas son irrefutables y absolutas. Y mientras esté convencido de esto jamás comprenderá que el diálogo franco y sincero sea la alternativa más razonable para encontrar una salida al conflicto que tiene por delante.

Llegamos a este punto, este modelo autoritario de hablar sólo produce silencio, miedo y sumisión entre la gente. Emplea mecanismos de coerción. Corrompe a las personas para asegurarse fidelidades incondicionales. Un ejemplo es el de Cuba. Quien se atreva a cuestionar el régimen de los hermanos Castro pagará un alto costo.

No obstante el autoritarismo cubano cuenta con más de 50 años de hegemonía política. Y esto atrae a los partidarios del chavismo jerárquico, que ve en este modelo una opción factible para sobrevivir como régimen político. Para ello debe lograr más de lo que ha logrado ya. Debe aumentar la homogeneización del

otro, es decir de los “malos”, la oposición, la derecha. Debe deshumanizar tanto a sus partidarios, sustraer la individualidad que implica razonar por sí mismos a sus partidarios, incluso logrando expresiones de crueldad e indiferencia ante el sufrimiento humano. Y demonización de todo aquello que le disienta.



juanvelarde.blogia.com2009febrero.php.jpg

¿Qué hacer?

Razones por las cuales es preciso tener en cuenta que el diálogo no garantiza la resolución del conflicto. No hay soluciones automáticas. Sin embargo, la sola intención de conversar para intercambiar puntos de vista, ideas y sentimientos es un paso para intentar recuperar la convivencia social.

En concreto este es un primer paso para diálogo debe ser franco, oportuno, inclusivo, respetuoso, dispuesto a ceder en las posturas más intransigentes. Rescataría los derechos fundamentales y se alejarían de la violencia como recurso legítimo de resolución de conflictos.

Lo más importante sin diálogo, no hay futuro posible. Sin diálogo, los irlandeses, los centroamericanos o surafricanos no habrían podido superar los estragos de la guerra civil y

de la exclusión social, y lograr como lo hicieron convivencia social con desarrollo humano más prósperos y sostenibles.



Precisamente sin diálogo seguirá prevaleciendo en el espíritu de los pueblos, el sentimiento de la revancha, de los resabios y de las sospechas mutuas. Sin diálogo se aplazarán las iniciativas de progreso para los sectores más vulnerables del país. Sin diálogo, prevalecerá el autoritarismo y el estancamiento de una sociedad de conflicto, y pondrá en peligro la convivencia entre los venezolanos.

En suma a pesar de nuestras tragedias, cada vez más complejas e inhumanas, debemos pensar en que la posibilidad de un diálogo franco y humano entre los venezolanos no es una quimera ni un asunto irrealizable. Durante décadas los surafricanos estuvieron atascados en el Apartheid (sistema de segregación racial) y luego negros y blancos liderados por Nelson Mandela y Frederik de Klerk encontraron una salida satisfactoria, a pesar de las chapuzas y escaramuzas de los grupos extremos. En El Salvador, una diminuta nación a 2.574 kilómetros de distancia en avión de Venezuela, donde se libró un encarnizado conflicto armado interno, que duró casi 12 años y se cobró la vida de más de 75 mil personas, se encontró en 1992 una salida, claro está con la ayuda de la comunidad internacional y con el



convencimiento de sus actores de que la paz era la opción más razonable. Como apuntara Joaquín Villalobos (ex comandante guerrillero, miembro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y abierto crítico de Chávez) **“la paz es un riesgo que vale la pena correr”**.

REFERENCIAS

Hidalgo Rivero, Heddy (2009, marzo). La comunicación y el lenguaje: una visión lingüística de las propuestas de Luhmann y Maturana en Revista Venezolana de Investigación Educativa. Disponible en: <http://revistas.upel.edu.ve/index.php/entretemas/article/view/1351/523>

Kahane, Adam (2005). Cómo resolver problemas complejos. Bogotá: Editorial Norma.

Maturana, H (1995). La realidad: ¿objetiva o autoconstruida?, Barcelona: Anthropos Editorial.

Ropers, Norbert. (2013). “Guía para la construcción de consensos en diálogos”. Berghof Foundation.

Cambio Universitario.

<https://cambiouniversitario.wordpress.com/>

**Universidad Central de Venezuela (UCV).
Caracas, Venezuela**